



Hacia el fin del mundo

La Cripta de los Capuchinos, de Joseph Roth (Acantilado) Traducción de Jesús Pardo | por Juan Jiménez García

Programa de una lectura poco razonada (aunque provista de alguna lógica) de la obra de Joseph Roth: *La marcha Radetzky*, *La leyenda del Santo Bebedor*, *La tela de araña*, *La Cripta de los Capuchinos*. Hay algo de círculo que se cierra (alrededor de la familia Trotta) y también de vida que comienza y acaba (la del propio Roth, desde una novela primeriza hasta una novela terminada poco antes de su muerte). La extraña certeza de que aunque *La marcha Radetzky* es un extraordinario relato de un mundo que acaba, es tal vez *La Cripta de los Capuchinos*, escrita seis años después, aquella en la que mejor logra atrapar no la caída de todo eso, sino el derrumbe personal de aquellos que se quedaron atrapados entre los escombros, entre el dolor y la tristeza. O, como escribe de la madre de su protagonista, la de aquellos que no percibían ya los ruidos del presente: solo los del pasado.

El joven Trotta, al que su padre llamó Francisco Fernando, no es un hijo de su tiempo, como él mismo dice. Su padre se marchó a América, volvió rico y rico dejó al hijo y a su esposa con una cierta posición, a pesar de su muerte. Austro-Hungría sigue ahí, la guerra solo es una promesa de futuro y los días pasan en compañía de otros, igual de entregados a una vida social inmutable. Pero, un día, llega desde la remota Eslovenia un desconocido primo, el

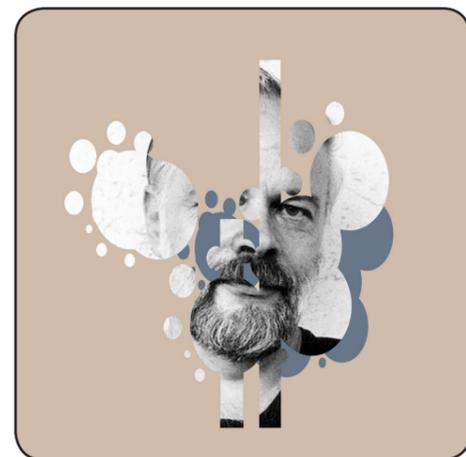
castaño Josph Branco. Y, más tarde, el cochero Manes, judío. Y la llegada de ese mundo más pobre pero más real provoca en él un vuelco, otra manera de entender lo que le rodea y sus cambios y también de entenderse. Un mundo inmutable que, como su madre, responde a unas pocas certezas, raras incertidumbres y la ausencia de fronteras. Un mundo del pasado sin las dudas del presente y las nubes negras del futuro. Un matrimonio apresurado y desafortunado ante una guerra que ya está ahí, su elección de compartir el destino con su primo y el cochero en el frente, el regreso, la derrota, la quiebra: financiera, moral. El nuevo mundo en tránsito hacia una nueva pérdida, esta vez definitiva.

Tal vez *La Cripta de los Capuchinos* solo sea el testamento vital, sentimental, emocional, de Joseph Roth. Su despedida de un lugar que nunca dejó



de habitar. Su salida del escenario ante la certeza de males mayores (ahí tenemos *La tela de araña*). Cómo no verle tras el joven Trotta en viaje hacia el fin del mundo. Si aquella fue una generación elegida para la muerte, sobrevivir solo fue la primera de las derrotas. Tras ella quedaba una sucesión de pérdidas. Una tras otra. Pero sobrevivir seguramente es decir demasiado, porque muchos, como Roth, como este Francisco Fernando, murieron de otra forma. Si en una obra como *La marcha Radetzky* encontramos el hundimiento de Austro-Hungría, tras una larga agonía, y con ello la muerte de unos ideales entre enfermedades y agotamiento, *La Cripta de los Capuchinos* es su reverso íntimo, una hermosa declaración de amor por aquello que valía la pena, por un ideal, un mundo sin fronteras conformado por distintos pueblos y culturas capaces de convivir en armonía. Tal vez el retrato del algo que nunca existió, pero

en lo que algunos, como Joseph Roth necesitaban creer. Más desde los oscuros nubarrones de su presente. En mayo de 1939 murió el escritor (un año después de haber escrito la novela). Austria había sido anexionada por la Alemania hitleriana. Unos meses después empezaría una nueva guerra. Cómo no sentir nostalgia...

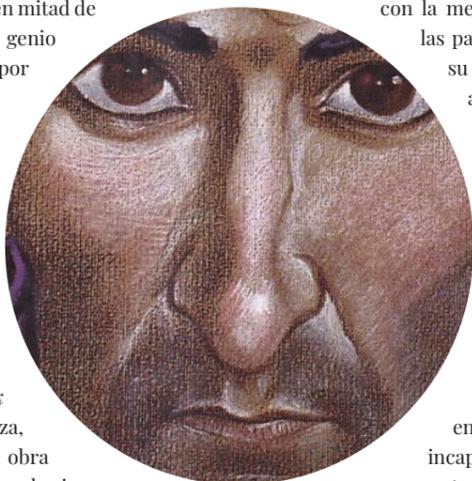


Deprisa, deprisa

Pompeo, de Andrea Pazienza (Fulgencio Pimentel) Traducción de César Palma | por Óscar Brox

"Las olas, envidiosas, se alzan por los costados para borrar mi rastro. Que lo hagan, pero antes yo paso". Así empiezan las correrías de *Zanardi*, con una cita de *Moby Dick* y el salto ágil de un Pazienza en la cúspide de su obra, cambiando de estilo en la misma viñeta, retratando como nadie a esa generación en cuyo espejo se mira. Y así podrían acabar, apenas unos años después, las de *Pompeo*. Otra P, como la de Pentothal o, ejem, Pazienza. Otro espejo en el que reflejar la pérdida de la inocencia y el fin de la juventud, cuyo rastro se borra, prácticamente, mientras camina. La ciudad es la misma, Bolonia; el tiempo, en cambio, no. Algo nos pilla con el pie cambiado: una desesperación vital que ya no encuentra cobijo en el fondo de la viñeta, una dependencia de la heroína que lo arrasa todo, unos personajes que son muertos vivientes o simplemente muertos. Y, en mitad de todo eso, los destellos de genio de Pazienza. Empecemos por el principio.

No sé si hay momento más apasionante para el cómic italiano que el de la generación del 77. Tamburini, otro que murió demasiado temprano, se convierte en improvisado modisto para *Vogue* mientras exhibe músculo *cyberpunk* con su *Ranxerox*. Pazienza, en cambio, concentra su obra en un lugar atravesado por el mismo personaje: él. Habla de la inocencia,



de la juventud, del ardor político, la adicción, la vanidad y la fatuidad, de las cosas que se consumen rápidamente y de esa cultura acelerada por la necesidad de los vientos de cambio. De revoluciones que no existen, pero que no por ello dejan de palpar entre casas tomadas y comunas boloñesas. Todos esos sueños forman, apenas, la neblina en la que se mueve *Pompeo*. La que desata cada vez que abre la caja de los dragones, hierva el tema en su cuchara, presiona el émbolo y explota su cuerpo. Un instante, varios gestos. Queda la ansiedad. La desesperación. Ese *horror vacui* doméstico que su protagonista trata de evadir entre picos y paseos por una ciudad irreconocible, descompuesta y triste. En la

que solo reconoce las caras devastadas de yonquis y camellos, de esas vidas subterráneas a las que se siente cercano, por mucho que él sea un artista. Alguien. Algo. Algo que se pierde, irremediamente. Muy cercano a la novela gráfica, Pazienza dinamita en *Pompeo* la disposición tradicional de las viñetas. De hecho, atiborra las páginas de tanto texto que es difícil aclarar qué acompaña a qué; más bien, se trata de una simbiosis perfecta en la que la poesía de sus imágenes (y en verdad algunas se cuentan entre lo más grande su obra) resuena en la de sus palabras. Unas palabras amargas, casi un presagio, que cifran en las últimas horas de su protagonista la lenta cancelación del futuro de Pazienza. Contrasta, de esta manera, la febril vitalidad creativa del dibujante, entregado a unas variaciones estilísticas que nunca cesan,

con la melancolía del escritor. Con las palabras de desaliento hacia su criatura, casi, una versión adulta de aquel Pentothal a la que la vida se le ha resbalado de entre los dedos. Joder, que se nos muere. Y no una, sino varias veces. Porque en *Pompeo* hay una cercanía con la muerte en cada página, como algo con lo que Pazienza no deja de jugar: está en la sobredosis, en la incapacidad de reformular un presente en estado terminal y en esa salida de emergencia que representa el suicidio. El acabose. Pero está, también, la sorpresa, porque resulta increíble que un dibujante superdotado como Pazienza, capaz de emborronar la página y de perfilar cada línea con precisión modernista, se encuentre en esa encerrona vital. Engañado, más bien resignado, por el futuro que no ha sido. Rabioso, nostálgico, por lo que no pudo ser. Atrapado, junto a la heroína, en una época en la que lo que se lleva son las drogas de diseño. Otros paraísos artificiales. Quizá por eso, su *Pompeo* tiene mucho de purgatorio; casi tanto como de jardín de las delicias para un dibujante descomunal. Y en verdad estos últimos días son la crónica de una nada. Pocas

veces alguien ha reflejado con tanta contundencia esa sensación sobrecogedora del vacío. El sudor, la sangre y las lágrimas antes del instante fatal. La mirada resignada sobre la vida adulta, que ni es ágil ni alegre, y que corre tan rápida como un vehículo fuera de control. Se diría que, durante toda la obra, Pazienza trata de retomar las riendas. Es la voz de la conciencia, el cuerpecito amorfo de ese ratón Mickey que le habla al oído a *Pompeo*, el llanto de todos los poetas rusos a los que cita, que no saben cómo transformar toda esa belleza que guardan en su interior en una belleza real. Viva. Palpitante. Y ahí está el meollo de *Pompeo* y la amargura de Pazienza. En el reconocimiento, quizá por primera vez, de que toda esa belleza no ha encontrado su lugar en la realidad. Que la ciudad, las cosas o la vida se han transformado, pero de aquel fulgor de juventud no quedan ni las cenizas.

La resignación de *Pompeo*, marcada por la heroína, los callos en las venas y la voz lejana, demasiado lejana, de una familia que nunca abandonó el pueblo, es la de un Andrea Pazienza que eleva a su protagonista a la categoría de santo laico, martirizado por todos esos excesos a los que en verdad no sabe, ni puede, hacer frente. Por eso, su novela, su cómic, su dibujo o sus palabras cargan, embisten o arrollan al lector. Te zarandean y te persiguen, te piden un poco de compasión para con el pobre *Pompi*. Otro poco de sorpresa. Tal vez, también de identificación. Pero, al final, lo que queda es ese retrato total de un artista tratando de dejar su estela mientras se alzan las olas. Antes de que aquellas borren su rastro.

DÉTOUR, NÚMERO DIEZ 2019-2020

DIEGO LUIS SANROMÁN
PHILIP K. DICK. EL DIABLO
TIENES ROSTRO DE METAL

DETOURLS

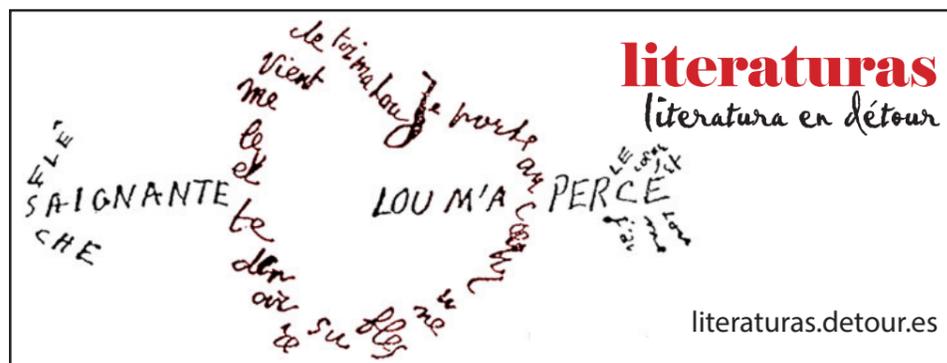


DÉTOUR, NÚMERO DIEZ 2019-2020

ÓSCAR BROX
DEJARSE MOVER POR LA
PALABRA. UNA CONVERSACIÓN
CON PABLO MESSIEZ

DETOURLS

Todo lo que nos gusta



La búsqueda del naufragio

El nenúfar y la araña, de Claire Legendre (Tránsito) Traducción de Laura Salas | por Francisca Pageo

A caballo entre la autobiografía y el ensayo, Claire Legendre se adentra en el miedo, surcándolo. Como si fuera un mar que nos va engullendo. Pero no, no es un mar, sino un océano. Un océano repleto de peligros, repleto de agua, de enfermedad. Esta última inunda la psiquis, el cuerpo, el alma. Pareciera que el agua que brota desde el más profundo ser de Legendre también la rodea. No hay límites. El agua lo bordea todo y no logramos ver una orilla, ver un resquicio. Pero no querer la muerte tampoco es querer la vida. Sin embargo, nos agarramos a ella, la vida, como a un tronco en el río. «Conciencia de nadar en uno mismo», dice Aurora Luque. Y eso es lo que le pasa a Legendre. Nada siendo muy consciente, demasiado consciente. Quizá en exceso y concienzudamente.

Hay una duda que sobrevuela durante todo el libro. La vida se envuelve en preguntas sin respuesta. ¿De dónde proviene ese más profundo miedo del que nos habla Claire? Miedo a las arañas, a la muerte, a la enfermedad. En verdad, todos compartimos ese miedo; sin embargo, lo identificamos demasiado tarde, cuando se apodera de nosotros. Dice Legendre: «La enfermedad es una creación de mi espíritu». Y quizá es a nuestro espíritu al que deberíamos preguntar para buscar el posible naufragio, para encontrar ese tronco al que agarrarnos, para encontrar ese oasis, esa orilla en el océano. Pero como apunta IBN Arabi: «El ser es un océano sin orillas. Mirándolo no encuentra ni principio ni fin, ni en este mundo ni en el siguiente.» Por lo tanto, ¿dónde encontrar el naufragio?

La broma infinita

El ángel del atentado, de Svetislav Basara (Automática) Traducción de Juan Cristóbal Díaz Beltrán | por Juan Jiménez García

Crónica de aquel tiempo final de imperio (y sus reflejos y espejismos más recientes) a través de Francisco Fernando, muerto, junto a su mujer, en un atentado en Sarajevo. Un cúmulo de circunstancias cómicas para bajar el telón austrohúngaro y subir el de las tragedias de medio siglo y los rencores del otro medio. Francisco Fernando dicta a Berchtold, su secretario, sus opiniones sobre la vida y la muerte y sobre la estupidez en general. Austro-Hungría, como dice, era el último muro de contención. Un muro agrietado y envejecido, podrido y lleno de pintadas, pero muro. Capaz de retener una miríada de nacionalidades esperando su oportunidad para desparramarse, como agua furiosa, sobre todas las cosas. De modo que el serbio Gavrilo Princip, con aquellos dos disparos no solo fue capaz de matar a tres personas (cuando solo pretendía hacerlo con una), sino que dio la oportunidad esperada por unos y otros, el pistoletazo de salida para el ajuste de cuentas, una carrera hacia otro matadero (uno más) de la historia.

El ángel del atentado es un torbellino de palabras que se ha dado Svetislav Basara para pasar por todas las cosas y sentimientos y hablar de los serbios, que son los suyos, hablando de los austrohúngaros, que son su pasado, una manera de preguntarse despiadadamente quiénes son, dejándole esa opinión a un archiduque que solo esperaba de ellos lo que acabaron dándole: una bala. Tragicomedia sobre un mundo que desaparece, reemplazado por otro tan imperfecto que no dura nada, y al que sigue uno más con todo lo necesario para volverse a destruir a la primera oportunidad. La triste historia de los Balcanes, que tal vez ni tan siquiera esté aún arreglada. Siglos de muertos y siglos de heridas. Nada que pueda solucionarse con cuatro líneas y que tal vez solo se pueda entender con un libro como este, lleno de furor, rabia, humor y odio como motor de la historia (¿acaso es posible ni tan siquiera dudarlo aquí y ahora?). Y la vida sigue, pero mal.

Dos, tres, cuatro

Puños, de Pauline Peyrade (La uña rota) Traducción de Coto Adánez | por Óscar Brox

Yo, Tú, Él. Un pentagrama y un texto dispuesto al ritmo de las pulsaciones. Él, Tú, Yo. Cuatro puntos cardinales y un coro de voces que describen el principio y el final de una relación tóxica. Lo fácil y lo difícil. La mirada del depredador y el lento proceso de la víctima para recuperar su autonomía emocional. En los últimos meses hemos visto unas cuantas muestras de teatro en direcciones parecidas. En *Freaks*, Anna Jordan reflexiona sobre la percepción de la sexualidad femenina, mientras que en *Jauría* Jordi Casanovas toma los elementos documentales del caso de La Manada. De la reflexión a la acción. En cierto modo, *Puños*, el texto dramático de Pauline Peyrade contiene ambas cosas: reflexión y acción. Esto último lo marca el ritmo, la pulsación de las voces que se solapan en el texto; que siempre están presentes en él. Torrenciales. La voz interior y la voz de la protagonista; la voz de esa intimidad violada y la voz del dolor; la voz que vuelve una y otra vez al mismo punto y la voz que trata de fraguar un futuro diferente.

A su manera, Peyrade convierte las voces del texto en una exhibición de violencia. De violencia de género, la de Él, y de angustia, la de Ella, frente a un porvenir que no puede recomponer. No es extraño, pues la dramaturga francesa repite, casi congela, las mismas palabras, los mismos gestos, hasta provocar una desazón de la que no sabemos cómo escapar. Es esa clase de energía, o de intensidad, que nos deja sin fuerzas. Que ataca al pensamiento y a la palabra, a lo más fundamental de la expresión, para dejar en evidencia lo vulnerable que es, en definitiva, nuestra existencia emocional.

Hurgar en los recuerdos

Mis padres, de Hervé Guibert (Cabaret Voltaire) Traducción de Delfín Gomez Marcos | por Francisca Pageo

Podemos conocer a Hervé Guibert de muchas maneras. Por sus críticas, por su fotografía, por su literatura. Si bien aquí estamos ante esta última, no viene a mal traer a colación que su personas y la expresión de esta, para Guibert, siempre estaría unida. Veamos sus fotografías y comprenderemos su sensibilidad. Leamos sus libros y comprenderemos la libertad. Ellas se dan la mano y así, de este modo, Guibert nos muestra su más íntimo y más luminoso, aunque no pueda parecerlo, ser. *Mis padres* es la historia a modo de memoria de Hervé Guibert y su familia. En estas páginas nos encontramos ante sus recuerdos más íntimos, desde bien pequeño hasta el hecho clave que ocurriría en su adultez con la esclerodemia de su madre. Guibert tenía una estrecha relación con sus padres y en sus palabras podemos apreciar el cariño que entre ambos tenían y se profesaban; podemos apreciar la voluntad que entre ellos había por crecer y crecer de un modo u otro. Fue de hecho cuando su padre le llevaría al cine sobre los 12 años a ver «Historias extraordinarias» y desde ahí fue a Luis Buñuel, a Federico Fellini, a Roman Polanski. Ello le influenció y empezaría en una compañía de teatro a interpretar como aficionado, casi por casualidad. En *Mis padres* también se marcan los primeros encuentros sexuales con su propio sexo. Ya desde pequeño Guibert se vería como homosexual y aunque a su padre esto no le hiciera mucha gracia, tanto él como su madre le apoyarían en esto. Estamos ante un libro lleno de imágenes insinúan, imágenes de infancia y adolescencia que, como en

Sobre la incertidumbre

El hijo perdido, de Marghanita Laski (Nórdica) Traducción de Blanca Gago | por Juan Jiménez García

Un día de 1943 Hilary Wainwright recibe la visita de Pierre Verdier. Verdier es francés y ambos son militares. La guerra sigue, Alemania ocupa Francia e Inglaterra también está ahí. Trae noticias de su hijo desaparecido. Hilary apenas llegó a conocerle. Su mujer, Lisa, lo tuvo en París cuando él se había ya marchado al ejército. A los dos años, los alemanes se llevaron a Liza y quién sabe si al niño. Pierre estuvo con Jeanne, una amiga de Liza, que también acabó detenida por la Gestapo. Como misión personal se ha tomado la de buscar a ese niño. Al terminar la guerra, sigue una pista que le proporciona la portera del edificio. El niño pudo ser entregado a un cura. Todo eso llevará a Hilary a A., una población cercana a París. Allí, en un orfanato al cuidado de unas monjas, está Jean, un niño de cinco años. Pero ¿es su hijo? ¿Puede considerarlo su hijo ante la más mínima incertidumbre o duda? Perdido en aquel lugar, en el sórdido ambiente de un hotel, entre las idas y venidas al orfanato, su vida va pasando llena de contradicciones. Buscar en ese crío a su hijo se convierte en otra búsqueda tan compleja como la primera: la de sí mismo y su lugar en ese nuevo mundo, nacido de ruinas físicas y existenciales. Hilary Wainwright se mueve en un mundo paralelo que solo parece estar habitado por él, un mundo que quiere preservar y en el que nos cuesta ver algo que deba ser preservado. Protegido contra el dolor, la escritura de Laski se protege contra la tragedia. Mientras Wainwright sigue una extraña y quebradiza línea de conocimiento de sí mismo, la escritora traza un demoledor relato de esa deriva, que evita juzgarle sin dejar de exponerle. Los restos del naufragio, de ese mundo de ayer, a los que se aferra su protagonista, porque prefiere unas pocas (y tristes) certezas a la llegada de un mundo del mañana, de una nueva vida. No tener nada para no poder perder nada. Ninguna nueva ilusión para preservarnos de nuevas derrotas. Darlo todo por perdido para no poder perder nada más.

La caída

Caer, de Éric Chevillard (Sexto piso) Traducción de Lluís Maria Todó | por Óscar Brox

Días tranquilos en el infierno. En una isla perdida que vive de mirar al cielo, hacia el horizonte, en busca de una señal. O de un profeta desaparecido que les saque de ese limbo, de la brutal monotonía que marca los ritmos en *Caer*. Día tras día, línea tras línea, atrapados en una porción de tierra, obligados a retroceder hasta el estado más salvaje, a convertirse en bestias ciegas de ira ante un futuro que no llega. El de Éric Chevillard es un relato que se enrosca en el tedio de una situación sin salida, sin principio y casi sin fin, para reflejar en ella los quiebros del temperamento humano. Los anhelos y las expectativas, los mitos y artificios creados como sostén para nuestras endeble estructuras mentales, las pasiones y la violencia. *Caer* es como una cinta de Möbius, en la que todo posee una sola cara y la realidad que atrapan las palabras del narrador aparece sin filtro. A bocajarro. Tal vez, con ese ligero matiz de ironía que desprende de la situación desesperada de sus personajes; un grupo de personas obligadas por las circunstancias a construir una nueva civilización, con sus ritos y sus mitos, en el purgatorio al que han ido a parar accidentalmente. Una civilización que Chevillard fija en lo más bajo; en la violencia, el castigo y el temor. El miedo a que el profeta en quien depositaron sus esperanzas para huir de ese infierno nunca regrese. Que sea, como tantas otras promesas, una evasión para distraer el tedio mortal de cada día. En esta época de falsa concordia y de fronteras cada vez más físicas, *Caer* resulta una interesante alegoría sobre los entresijos de la condición humana. Un cuento chino, recitado por el más anciano de los supervivientes, creado con el único fin de entretener. De engañar para ahorrar un poco de tiempo. O para disimular que, en verdad, el tiempo pasa. Y la gente se envilece, las ropas se agujerean y la moral, individual o colectiva, se relaja hasta aceptar la naturaleza animal que toda regla de urbanidad ha camuflado bajo una cantidad ingente de principios y buenas maneras.

Los textos íntegros los podéis leer en: club.detour.es

detour.es | diarios.detour.es
correo@detour.es
[facebook/revistadetour](https://facebook.com/revistadetour)
[instagram/revistadetour](https://instagram.com/revistadetour)
[twitter/tidetour](https://twitter.com/tidetour)

Próximo club

El Danubio



Sábado, 25 de julio, 17:30

Llibreria Ramon Lull
Corona, 5, Valencia

**DÍA DEL LIBRO 2020.
LECTURAS (NO) OBLIGATORIAS**

**EDITORES, LIBREROS, COLABORADORES,
AMIGOS, RECOMIENDAN Y COMENTAN**

LITERATURAS.DETOUR.ES